

CARRA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

los dominios de la psiquiatría

Está muy peligroso adentrarse en los dominios de la psiquiatría. Ello corresponde a doctores especializados, que han estudiado una serie de disciplinas encaminadas a descubrir los secretos del alma humana cuando ésta está enferma. Pero, ¿pueden ellos, o puede alguien, verificar en el espíritu, entidad tan delicada e inaprensible, los matices de la salud y de la enfermedad? Nos parece a nosotros muy difícil establecer la línea de ciertas zonas fronterizas. Naturalmente que hay infinidad de términos que ya servían antes más o menos para definir ciertos estados anómalos de espíritu. Decíamos antes que fulano «está chiflado». Decíamos del otro que le faltaba un tornillo y, por lo menos de mucha gente, podíamos decir que era gente «un poco rara». Hoy, por cualquiera de esas cosas, te envían a un psiquiatra a que te haga la disección.

Ante el psiquiatra, el presunto enfermo mental se plantea la cuestión previa de que «a él quién le presenta». Porque ya es mucho afirmar que uno no está cuerdo y el otro sí. En muchos casos la única diferencia está en que a uno le llevan al psiquiatra y el otro es psiquiatra. En el resto de los capítulos de la medicina, un doctor puede estar aquejado de un cáncer sin que ello le impida diagnosticar el cáncer de los demás. Pero, ¿quién nos responde de la capacidad mental de todos los psiquiatras para enjuiciar enfermedad tan misteriosa e indefinible, como es el desequilibrio de la mente humana? En la mayoría de los casos, a las torturas íntimas que llevan al enfermo hacia la consulta del médico, se añade el propio hecho de la consulta; y, por tanto, en infinidad de situaciones resulta peor el remedio que la enfermedad. La postura del médico es la de congraciarse con el enfermo mediante la aplicación de una terapéutica llamada pomposamente «psicoterapia» y que en realidad no es mucho más que una simple y elemental charla de café, en la que se aspira a que el presunto enfermo vacíe todo su paquete de inquietudes y de recelos. Si después de unas cuantas charlas de esta índole el enfermo no ha tenido la habilidad suficiente para contarle al doctor un conjunto coherente de problemas íntimos que satisfagan la sed de información que el médico tiene sobre la vida privada o íntima del enfermo, el psiquiatra no duda mucho en aplicar al sujeto de sus desvelos un palo de ciego llamado «electroshock», que es un pelizco tremendo a las capacidades nerviosas y a las entendederas del paciente.

Decía cierta vieja dama a quien yo conozco, no muy propia en las precisiones técnicas de la ciencia y de la filosofía de hoy, que había ido al psiquiatra a que le quitara los «perplejos». La digna señora confundía lamentablemente un término que

es un invento reciente, debido a Freud, pero no popularizado hasta hace pocos años. Había llegado un poco tarde esta señora a adaptarse a la terminología de una ciencia que considera al espíritu humano como uno más de los mecanismos usuales de la técnica y de la civilización mecánica. La gente de mi generación empezamos a oír hablar de los complejos un poco después que del «mahjong», juego japonés con fichas de marfil contemporáneo de la pianola, y del peinado a la «garçon». Los complejos nos sobrevinieron un lustro después que esas delicias de la época del «new-deal». Pero entonces el único complejo que se llevaba era el complejo de inferioridad, que nos dio mucho que hacer y que pensar a los jovencitos del año 1930. Casi todos los poetas de mi época teníamos complejo de inferioridad, lo cual nos permitía renunciar a los placeres propios de los entes vulgares y sin complejo, esos que iban sin rebozo a las «puestas de largo» distinguidas y practicaban sin escrúpulo la natación y el baile domingue-ro. Nosotros, en cambio, los del complejo, nos considerábamos un poco insolidarios de los demás. Fuimos una «nueva ola» fundada por Freud a base de solo un complejo. Hoy tiene complejos todo el mundo, unos por ir al baile y otros por no ir. Con lo cual la expresión equívoca de la vieja dama no resulta del todo impropia.

Verdaderamente más que un fenómeno de complejidad, el que afecta al ser humano en el día de

sociología, psiquiatría y política

La mayor parte de los locos históricos han dado un gran resultado en los manuales escolares. Un Napoleón o un Alejandro, pasados por el «turmix» de la «Psicoterapia», hubieran modificado el contenido mismo de la historia, por lo menos tal como nosotros la hemos heredado. Por consiguiente, a partir de Freud y de los «complejos», quizá debíamos resignarnos a que la historia sea, en el futuro, un producto de seres cuerdos pasados por la profilaxis psiquiátrica. Los más recientes capítulos de la historia delatan la ausencia absoluta de un concepto de héroe histórico, el que prevaleció en el mundo que conocemos desde los orígenes del ser humano. Han quedado oficialmente eliminados del concepto histórico todos los elementos humanos e individuales que constituyeran, en nuestra literatura escolar, la historia misma.

No sabemos hasta qué punto podrá la psiquiatría alterar las razones mismas de la biología, que son, en definitiva, el motor de la historia. El hé-

roe no es, jamás, esencialmente bueno. Pero el concepto del héroe, bueno o malo, creo que acabará resultando inevitable en el porvenir del mundo actual. No vayamos a creer que porque ésta es la circunstancia histórica en la que nosotros vivimos, tenga el privilegio de modificar la constante histórica general. Tal vez lo único que tardará en socializarse sea la propia biología.

hoy es, muchas veces, un fenómeno de perplejidad. Estoy convencido de que casi todos los seres que entran hoy por la puerta de la consulta de un psiquiatra están aquejados de una pura, benévola y transparente perplejidad ante la infinidad de sucesos, acontecimientos y problemas que les circundan. Unos son problemas particulares y menores, esos problemas que Julián Marías definía muy bien en un artículo, hace años, al tratar de los impactos con que la vida cotidiana empieza a herir al individuo en cuanto se levanta y sale a la calle. Otros son problemas de índole general, una especie de polvo radiactivo que cae sobre nuestra alma sin que nosotros lo advirtamos, consecuencia del sentido fantasmagórico y colosal de nuestra gran civilización científica; sin saber cómo, nos sentimos el espíritu húmedo por el relente catastrófico del cosmos en perforación.

Pero no creemos que las naturales e íntimas preocupaciones puedan ser curadas con un baño de «psicoterapia» y, naturalmente, mucho menos con un «electroshock». Nuestras «perplejidades» y nuestros asombros no tienen más que una cura, una cura de calma, de paz del espíritu, de sosiego íntimo y de esperanza trascendente. A la psiquiatría debiera auxiliarse la caridad, y no dudamos de que así se hace en muchos casos. Pero la caridad ya no es una ciencia ni una técnica, sino la expresión permanente de una vertiente del corazón humano, tan antigua como el hombre.

Los acontecimientos políticos y estratégicos de las últimas décadas están dominados por la lectura y el aprovechamiento de las teorías niveladoras de Freud. Es imposible comprender el equilibrio y la flexibilidad de esta digestiva posguerra que estamos viviendo sin la existencia previa de una ciencia —más o menos empírica— aplicada al espíritu humano. Ahora bien: el espíritu humano somos todos los demás, todos los hombres; los cuales también tendríamos algo que objetar a ese simple manejo de valores esenciales en un laboratorio, que es el arte político al servicio de los hallazgos científicos de psicólogos y de sociólogos.